Reuniones y comunidades sacerdotales

Por Monseñor J. CALVET
Rector Emérito del Instituto Católico de París

LOS hombres no se aman, pero tienen el sentimiento de no amarse y el deseo de reunirse para decirse que no se aman y que quisieran amarse. Por esto el Congreso se ha convertido en una de las formas más absorbentes de nuestra vida social. Se pasa un tiempo enorme preparando los Congresos, publicando los informes y tratando de aplicar las decisiones que nos agradan. La vida religiosa ha seguido por por este mismo camino, cuando no la ha precedido, a la vida social. Cada forma de la actividad religiosa, cada grupo tiene su Congreso o varios Congresos: el de la asociación local, el de la federación, el de los cuadros, el congreso ordinario y el congreso extraordinario. Nos gusta vivir en grupo y confrontar nuestras posiciones, aunque nada más sea que para encontrar nuevas razones de mantenerlas. Los dos últimos años se han destacado por el número de congresos que se han celebrado.

Esta práctica de reagrupamiento ha destacado lo que tiene en la actualidad de paradójico la situación del cura del pueblo, aislado en la vida y en los medios de acción. Se parecen mucho más a un ermitaño que a un apóstol; pero quizá no tenía la vocación de ermitaño y sí la de apóstol. Sobre todo desde hace dos años, los Congresos eclesiásticos tratan de esta cuestión y preconizan, para combatir el aislamiento, las reuniones organizadas. La cosa no es tan sencilla como parece a los congresistas reunidos en una ciudad. En el campo francés las iglesias no están dispersadas de acuerdo con un plano, sino de acuerdo con las fantasías de la Historia que hizo que se alzasen, según las épocas, sobre un pico escarpado o en un valle profundo y solitario. Las carreteras modernas no pasan cerca de todas y los automóviles de servicio las dejan frecuentemente de lado. Las reuniones, pues, son difíciles y, cuando se logran, son el resultado del cansancio, y sólo por algunas horas. Hace falta un determinado tiempo, una preparación que la da la duración de la presencia, para que el solitario que no tiene la costumbre de revelar el fondo de su alma, diga lo que hay en él más personal: sus trabajos, sus deseos, sus impulsos, sus consuelos.

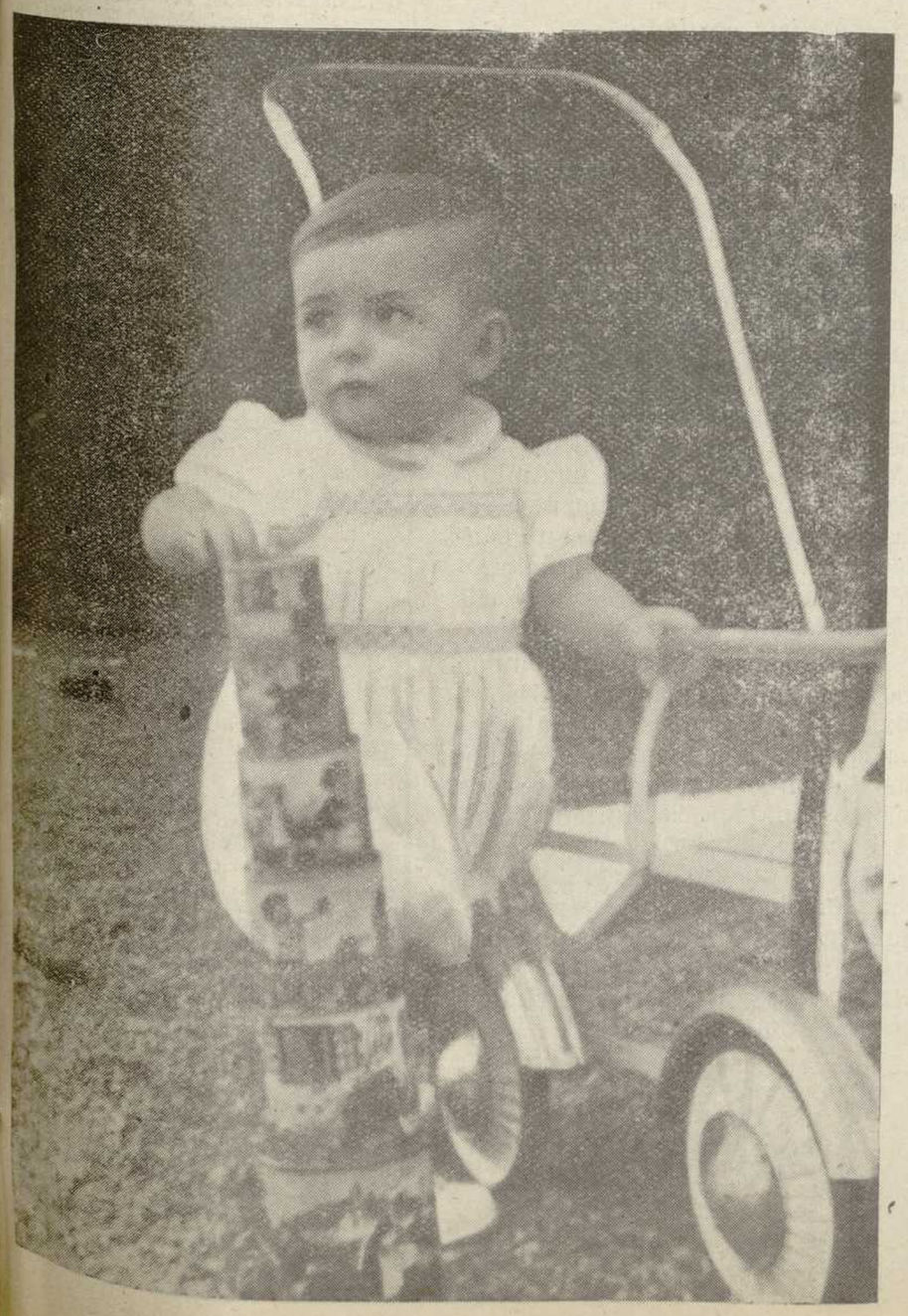
Ventajas de la reunión.

IN embargo, poco a poco, gracias a la iniciativa de algún arcipreste o deán, las reuniones han llegado a convertirse en institución a fecha fija y con un programa. Las almas se abren: por la comunicación fraternal, por la plegaria en común se crea una fuerza espiritual en la que toman parte todos; con la comunidad de proyectos y medios de acción se crea un espíritu de equipo en el apostolado. Las revistas eclesiásticas estudian la técnica de la reunión y los clérigos en los seminarios se acostumbran a

(*Continúa en la pág.* 2.)

Aquí tienen nuestros lectores un símbolo cabal de Francia. Mejor, de lo nuestros lectores un símbolo cabal de la Francia que hemos visto. Mejor, de lo mucho bueno que en Francia hemos visto. Este niño, que en España se llamaría Olivier Lenormand Pasqueron de Fommervault. Lenormand, porque por sus venas corre la sangre de una cristianísima familia, honra de la técnica francesa. Su joven padre, ejemplar católico, cuenta ya, a los veintidós años, con un envidiable prestigio profesional, hecho de hallazgos técnicos que lo acreditan. Pasqueron de Fommervault, a la española, con segundo apellido, porque su madre le dió sangre que un día corrió en la guillotina revolucionaria al finalizar el siglo XVIII. ¡Maravillosa Familia de Fommervault, con tres hermanos sacerdotes, otro a quien las balas alemanas frustraron su vocación misionera, una hermana religiosa y otros siete hermanos, algunos de los cuales han constituído ya florecientes y cristianos hogares!

Este es el símbolo que hemos querido traer a la primera plana. Sin poder negar lo mucho malo que en Francia hay, hemos deseado más bien transmitir a nuestros lectores un mensaje de optimismo. Ese mensaje de optimismo que simboliza la familia de nuestro Olivier, donde los hombres saben unir su catolicismo a su prestigio profesional, donde las vocaciones florecen, donde las palmas del martirio están presentes a lo largo de los siglos.

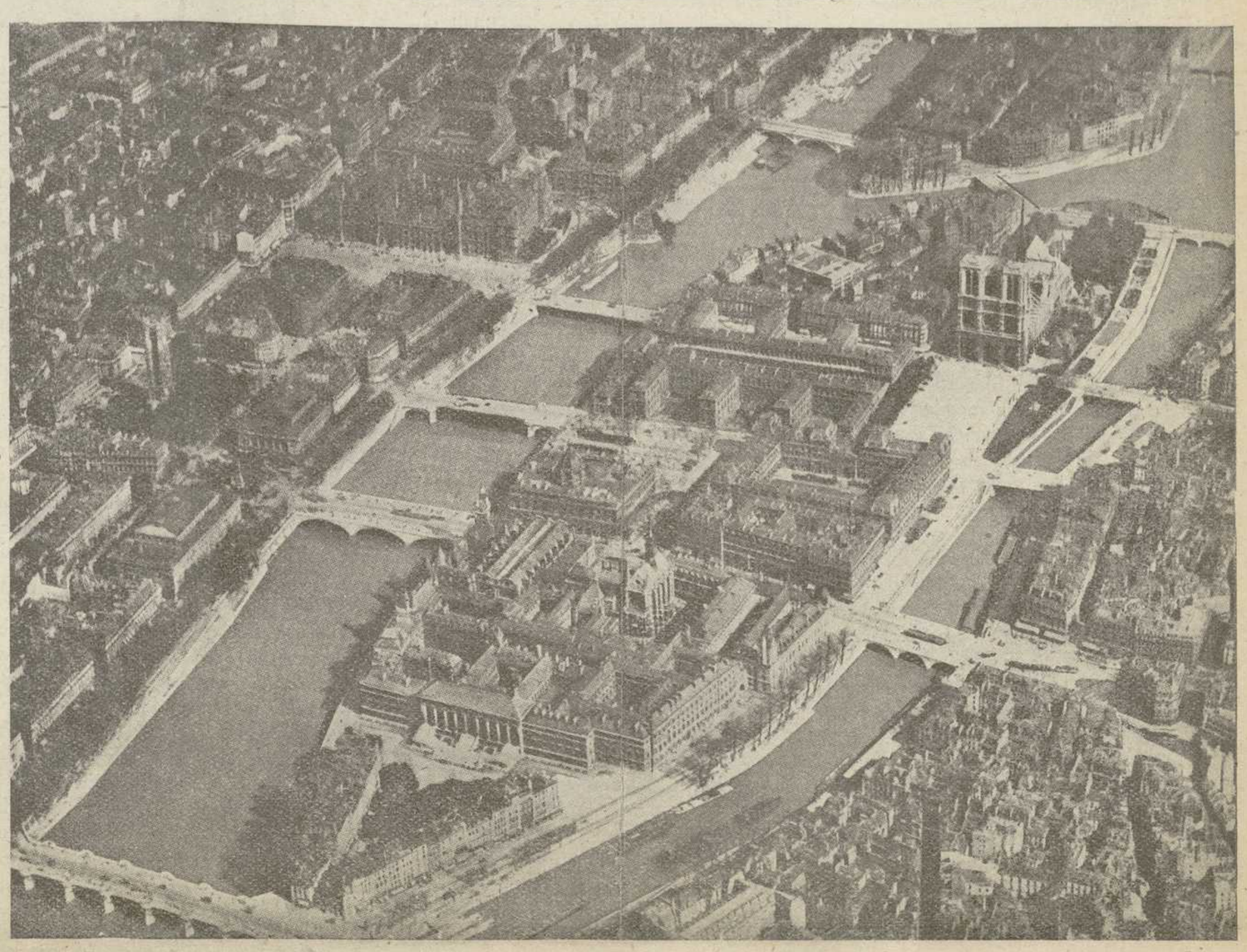


incunable

PERIODICO SACERDOTAL

Núm. 45. - Noviembre 1952 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116 - Salamanca

PRECIO DE SUSCRIPCION: 30 PESETAS **NUMERO SUELTO: 4 PESETAS**



De la capital francesa ha escrito Charles Péguy "Le monoment unique au monde: Paris". Le invitamos, lector, a visitas París, "la Francia" de nuestros abuelos

EDITORIAL

EL EXTRANJERO

Hubo una época en que el español no cabía dentro de sus propias fronteras. Casi diríamos que el mismo mundo se le hacía pequeño. Llenas están las tierras de Europa, de América y hasta de Asia de tumbas de soldados, misioneros y comerciantes españoles. Pero unas circunstancias políticas adversas y una reacción psicológica explicable, producida como consecuencia de ellas, nos obligaron a replegarnos. Y al gesto valiente vino a sustituir un gesto dolorido, cansado, de triste abatimiento.

Cuando se le quiso enmendar surgió una doble tendencia igualmente extremosa y errada. De una parte se reaccionó con el desdén. De otra parte, con la admiración boba y la copia servil.

Y eso mismo pasó en el terreno eclesiástico. Y hasta nos atreveríamos a decir que sigue pasando. Hemos querido encastillarnos en nuestra propia e indiscutible riqueza para menospreciar desdeñosamente la de los demás (¡qué nos van a enseñar a nosotros!). O se ha caído en el extremo contrario de un papanatismo ciego, de un esfuerzo ridículo por transportar aquí cosas de fuera, de una crítica exacerbada y destructiva de lo propio. Todos hemos conocido sacerdotes que se preciaban de no hablar y conocer otra lengua viva que la española. Y sacerdotes a cuya biblioteca no tenía acceso jamás un libro escrito en español.

Esto, que en general puede decirse del extranjero, tiene una fuerza especial cuando de Francia se trata, pues, con frecuencia, es la nación vecina entre nosotros piedra de contradicción.

Nos atreveríamos a fijar nuestra actitud en los siguientes puntos:

a) Conviene el contacto con el extranjero. Y contacto verdadero, no superficial. Y contacto habitual, no aislado. Se modifican criterios, se ensanchan perspectivas, se conocen iniciativas, se ejercita la caridad, se aprende y se enseña... Muchas, muchísimas de las cosas que hemos padecido se hubiesen remediado si un contacto oportuno de nuestro sacerdocio con el extranjero hubiese mostrado a tiempo lo que entre nosotros iba a ocurrir. Porque, querámoslo o no, de las naciones materialmente más avanzadas nos vienen modas, costumbres y criterios. Y siempre es preferible prevenir que curar.

b) Hay, sin embargo, que proclamar que en tal contacto puede haber peligros. No todos los espíritus están hechos para soportar el choque de una concepción de vida tan opuesta a la nuestra como la que allende las fronteras suele encontrarse. No todos los contactos están libres de abuso de viajes de vana curiosidad, de excursiones de superfluo lujo y de formas de vida incompatibles con la auténtica vida sacerdotal.

c) Nunca se repudiará suficientemente el papanatismo. Es injusto. En el extranjero, como entre nosotros, hay de todo. Y es inútil tratar de simplificar ni en un sentido ni en otro. Pero, sobre todo, es peligroso. Tiembla uno pensando en los frutos que entre nosotros producirían laudables empresas apostólicas que en el extranjero están dando un resultado sin igual.

d) Propugnamos el contacto con todas las naciones. Aunque nuestra preferencia, como ya dijimos en ocasión del cincuentenario de "Broteria", vaya por Portugal. No hablamos de Roma por ser nuestra patria común. Pero en Portugal, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, y no digamos nada de las tierras de nuestra Hispanidad, tenemos mucho que aprender.

Este es el espíritu con que concebimos este número. Espíritu amplio, de abierta comprensión, de auténtica admiración por lo mucho que de bueno hemos aprendido en el extranjero, de sana crítica de lo que no nos pareció tan bueno y, sobre todo, de rigurosa discreción en aquello que puede ser o no adaptable a nosotros.

Explicado así nuestro intento, sólo resta enviar un cálido saludo a nuestros hermanos los católicos franceses, saludo íntimamente empapado del gratísimo recuerdo de las inolvidables horas que entre ellos nos ha tocado en suerte pasar este verano.

INCUNABLE

Universidad Pontificia de Salamanca